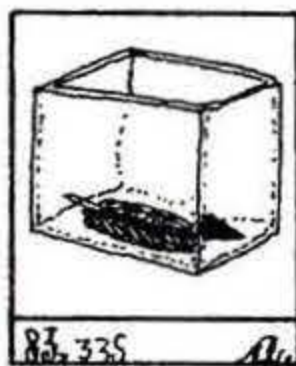


ro". "Que el verso sea un vaso pase —escribe Jaramillo Zuluaga parodiando lo que él supone que debió pensar Rivas Groot (pág. 122)—; que en él exprese el poeta sus ideas, pase; pero, ¿a qué se refiere Silva con imágenes brillantes?, ¿Qué son esas burbujas, ese vino oscuro?"



La concepción de la poesía de Rivas Groot no admitía ese tipo de ambigüedades, tal y como Jaramillo Zuluaga lo muestra a la luz de su poema *Idea y forma* que él considera como una composición paralela a *Estrofas*. La ambigüedad, producida por imágenes que se hacían autónomas frente a todo intento tradicional de interpretación, genera inseguridad ya que denota la pérdida de los referentes que permitan descifrar las imágenes, es decir, Dios, la patria, la naturaleza. Eso producía en Rivas Groot cierta desconfianza que "años después, cuando la poesía de Silva no podía disociarse ya de su muerte" convirtió en "una confirmación *a posteriori* de sus sospechas en un aviso de la disolución a que esos versos conducían" (pág. 124).

Lo anterior conduciría a reflexionar sobre una interpretación que predominó durante mucho tiempo, según la cual Silva se habría suicidado por haber perdido la fe. Con respecto a esto último habría que decir —ya para cerrar esta reseña— que la crítica silveana y, en especial, sus biógrafos han pasado del estupor inicial —que relacionaban temerosamente suicidio y pérdida a la fe— de personas que eran incapaces de concebir el ateísmo a cierta miopía, que tiende a pasar por alto el tema de la pérdida de la fe religiosa en el desarrollo de Silva y que es incapaz de aproximarse al drama que ello representa. Ese drama está reflejado en toda la obra

silveana y es también reflejo de los vacíos que dejó la secularización —de lo que ya se habló más atrás— que uno de los temas fundamentales del siglo XIX.

RODRIGO ZULETA

## Las cartas del pintor Eladio Vélez

Caja de cartas (edición facsimilar)

Eladio Vélez

Museo de Antioquia, Medellín, 1997, 140 págs.

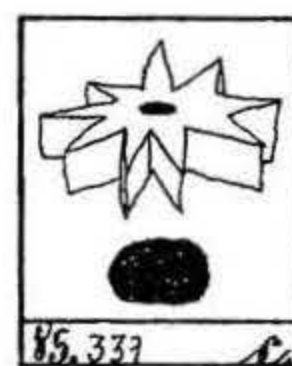
El centenario del nacimiento del pintor antioqueño Eladio Vélez (1897-1967) fue celebrado en Medellín con la realización de una exposición retrospectiva que reflejó la dispareja calidad de su arte, y con la publicación de dos obras de interés documental: una edición facsimilar de las cartas y un volumen que recoge sus dibujos como estudiante. Ya en 1994 un primer libro sobre este mismo pintor había intentado presentar con limitada fortuna, debido a los vacíos históricos, una visión panorámica de su vida y obra (véase reseña en Boletín Cultural y Bibliográfico, núm. 38).

*Caja de cartas*, publicada por el Museo de Antioquia en una sobria y bella edición de tiraje limitado, contiene la correspondencia del pintor en dos períodos de su vida, con varias reproducciones de las fotografías que la acompañaron. El primer grupo está integrado por las cartas que Vélez dirigió a su madre desde París y Roma, entre el 24 de marzo de 1927 y el 25 de abril de 1931, época en la que, venciendo su origen humilde, las dificultades del idioma y contando con muy escasos recursos económicos, vivió como estudiante de arte en Europa.

Eladio llegó a París el 22 de mayo de 1927 a las cinco de la tarde, tras un viaje en un vapor holandés que tardó cuarenta días desde Barranquilla. Tenía treinta años y muy viva la ilusión juvenil de estudiar en el viejo mundo, acariciada durante largos años en los que

ahorró hasta el último centavo. Los sin sabores que afrontó durante cuatro años comenzaron con la pérdida del equipaje en la bodega del ferrocarril, lo cual retrasó el itinerario. En París permaneció un mes, visitó los museos, estudió en una academia y trabó amistad con el escultor Marco Tobón Mejía, a quien describió así a su madre: "Es un tipo sencillo como todo el que sabe y hemos acabado por ser buenos amigos y ha ofrecido acompañarme al tren y empacarme con destino a Roma". Gran impresión le causó el comercio de arte parisino, el que describió con una buena metáfora paisa: "Éste es un negocio aquí como el de vender plátanos en la plaza de Itagüí".

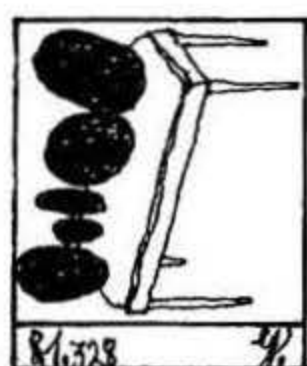
En Roma tardó dos días en encontrar un hospedaje adecuado a su presupuesto. La vida era más cara que en París, pero ingresó a la Real Academia de Bellas Artes, que era gratuita: "Somos en esta ciudad tres los colombianos que estudiamos pintura y soy el único que vivo de mi bolsillo, pues a los demás los costean sus respectivos departamentos. Sólo Antioquia no tiene un solo pensionado, allá no necesitan sino política y carreteras".



La rutina del pintor comenzaba con clases desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde y el resto del día estudiaba y pintaba por su cuenta. La alimentación no le sentaba bien y la llegada del verano la describió así: "Hace un calor parecido a la costa colombiana: sopla del África un fuego infernal durante el verano y debido a esto se cierran las escuelas [...] Yo para matar esta neurosis que se apodera de uno en esta soledad he tenido que tomar clases con un profesor particular a un precio para mí extremadamente caro". Para tranquilizar a su madre,



comparó la vida que llevaba con la de Fra Angélico: "el beato Fra Angélico era un libertino comparado conmigo, no me han canonizado porque todavía no he ido donde el Santo Papa".



Buscando hacer rendir su dinero, Eladio se radicó en Florencia durante varias temporadas. La vida era más barata y contaba allí con la compañía de Pedro Nel Gómez, pero con la llegada del crudo invierno constató que "la estufa me consume en leña lo que hace mucho tiempo yo no gano, un viento que cruje y tira nieve hace temblar este edificio". La desazón y la soledad eran sus frecuentes compañías: "yo he vivido ya 30 años y creo que desde el día que vi la luz, pensé en pintar [...] yo me siento encadenado al arte, digámoslo más bien condenado al arte y ahora veo que todos mis esfuerzos van a ser inútiles".

Recibió por pocos meses una pensión de 40 pesos mensuales de la Sociedad de Mejoras Públicas de Medellín, lo que, junto con una deuda que le pagó el escultor antioqueño Bernardo Vieco, le permitió prolongar, aunque sin holgura, su estada en Europa. La modesta pensión le fue retirada y Eladio regresó a París con la esperanza de poder vender sus obras para poder subsistir. Allí vivió de manera tan modesta, que le apena contárselo a su madre. Colaboró con Tobón Mejía, vendió con esfuerzo una pintura aquí y otra allá "y de este modo se va embolando la vida". Posteriormente daría algunas clases privadas y con las ventas ocasionales de acuarelas, la ilusión del pago de algún dinero prestado por él a Pedro Nel Gómez, junto con un préstamo que recibió de don Pedro Estrada, logró subsistir otros dos años más, durante los cuales acarició siempre la idea de reci-

bir un estipendio oficial, el cual nunca llegó.

Uno de los grandes acontecimientos que tanto esperaba Vélez tuvo lugar cuando fue aceptado al Gran Salón de Artistas Franceses en 1930. El jurado estaba integrado por 23 miembros y la sola aceptación era un gran honor para los concursantes. El cuadro que participó en el salón fue *Autorretrato*, obra que definió a su madre como "el único auto que pueden tener los artistas". Para su sorpresa, poco después fue elegido también para participar en el salón de escultura.

Al cabo del tercer año, el temor al regreso se hizo evidente: "Qué diablos voy a hacer yo allá donde la gente se está muriendo de hambre, donde el arte ni en los tiempos de opulencia ha servido de instrumento ganapán y en donde no hallo más esperanza que la desgraciada Escuela de Bellas Artes, para ir a darles clase a las señoritas que no han podido tener novio o a las señoras que no han podido tener hijos". Pero más pudo la cruda realidad: en marzo de 1931 le anunció finalmente a su madre: "Ya no lucharé más por sostener mi permanencia en estos mundos, mi lucha ahora será para dejarlos. Como la pintura no será un oficio productivo, hoy menos que nunca, yo pienso volver allá donde empecé en mis primeros años, es decir a la agricultura". El 28 de marzo de 1931 le confirmó su partida: "Y en fin, como que me largo de este París, o mejor dicho, de esta Europa de mis antiguos palacios de cristal". Gracias a un dinero enviado por su familia, pudo emprender el viaje de regreso en el buque alemán Orinoco, el 20 de mayo de 1931.



El segundo conjunto de cartas, fechadas entre 1947 y 1948, forman par-

te de las cartas que el pintor cruzó con sus colegas León Posada y Darío Tobón Calle, quienes entonces habían viajado a estudiar a Europa. Eladio Vélez contaba cincuenta años de edad y todavía observaba con un no bien disimulado desprecio la obra de su antigua discípula Débora Arango. Subsistía con el producto de una parcela en la que cebaba ganado y cultivaba la tierra, por lo que irónicamente se calificaba de "arrancayerbas".

En la primera de las cartas, congratula a sus amigos por encontrarse en España disfrutando de las grandes obras de la historia del arte, "mientras yo aquí sólo puedo aspirar a codearme con las Déboras y los Muñoces, con los Merinos o con los Sotos y vivir bajo la amenaza palpitante del segundo tomo de otra especie de Restrepo Peláez. ¿Qué hacer? arrancar más yerba". La llegada del verano la describe así a sus amigos: "Sopla un ventarrón que no deja viche en pie y el pasto se va dorando dejándolo mejor para alimentar mi paleta de pintor que para llenar el estómago de mis vacas. Ya éstas no paren, se me han vuelto mulas y el único que pare soy yo que tengo que sacar semana por semana la plata de los jornales".

Entre los consejos de pintor maduro que les da a Posada y Tobón, cabe citar el siguiente: "Uno solo también se hace pintor, pero se demora más". A pesar de haber sido un artista que defendió y practicó los postulados académicos modernistas, el mercado del arte en Antioquia era pequeñísimo: la pintura, para bien del romanticismo y mal del bolsillo de sus creadores, no se había logrado consolidar todavía como mercancía ni como medio de acumulación. Probablemente por ello definió la amargura como "la inseparable compañera de los artistas".

Con esta bella edición de las cartas del pintor antioqueño Eladio Vélez, el Museo de Antioquia hace una buena contribución a la bibliografía artística colombiana, y sobre todo, contribuye a esclarecer aspectos de interés de la biografía de uno de los artistas más significativos del siglo XX en esta región.

SANTIAGO LONDOÑO VÉLEZ